

Pascal

# Pensamientos

Traducción y prólogo  
de Xavier Zubiri



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Pensées*

Primera edición: 2004

Segunda edición: 2015

Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y el prólogo: Fundación Xavier Zubiri

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-8770-4

Depósito legal: M. 4.842-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9 Prólogo, por Xavier Zubiri

## Pensamientos

21	Sección I
30	Sección II
63	Sección III
82	Sección IV
93	Sección V
103	Sección VI
111	Sección VII
143	Sección VIII
154	Sección IX
169	Sección X
182	Sección XI
209	Sección XII
220	Sección XIII
233	Sección XIV



## Prólogo del traductor

Ofrecemos al lector español, en el presente volumen, una selección de los *Pensamientos* de Blas Pascal. Como toda selección, pudiera haber sido llevada a cabo con criterio distinto. El nuestro se ha apoyado simplemente en la forma misma que presentan los *Pensamientos*. Muchos están a medio redactar y tienen un carácter por demás vago y fragmentario; otros, en cambio, contienen desarrollos en cierto modo completos. Las proporciones de los volúmenes de esta colección me han permitido acoger en sus páginas la mayoría de los segundos.

Pascal produce su obra en pleno triunfo del racionalismo cartesiano, y también en plena controversia teológica determinada por la Reforma, el jansenismo y la Contrarreforma. De ahí el carácter esencialmente polémico de casi todos sus escritos y la necesidad imprescindible de inscribirlos en el polígono trazado a través de aquellos cuatro puntos.

Pero tratándose concretamente de los *Pensamientos*, es preciso decir algo más. Y por de pronto, que no se trata de un libro compuesto por Pascal. Su contenido son las notas sueltas que iba acumulando para escribir una apología del cristianismo y tal vez una filosofía anticartesiana. De ahí el carácter, no sólo fragmentario, sino indeterminado de casi todos los *Pensamientos*. En rigor, pues, lo opuesto a un aforismo. Los *Pensamientos* no son, ni pretendieron nunca ser en la mente de Pascal, aforismos. Muy distinto, y desde luego independiente de Pascal, es el indiscreto uso aforístico que de sus fichas haya podido hacerse. La Providencia, además, apenas permitió a Pascal entrar en la edad madura. Muere en plena juventud sin llevar a cabo el libro planeado. Tampoco puede olvidarse este factor de la edad para medir con precisión el alcance.

En realidad, en los *Pensamientos* de Pascal no existe formalmente una filosofía, por lo menos, si por filosofía se entiende, como es debido, un sistema de pensamientos unitaria y deliberadamente organizado. Pero sería una ingente frivolidad deducir de ello que la obra de Pascal no es filosofía en ningún sentido. A diferencia de lo que acontece con Descartes, el juicio de la crítica filosófica no lleva a Pascal a una duda, todo lo universal que se quiera, pero puramente intelectual, sin la menor repercusión en las raíces más hondas de la existencia personal del filósofo, sino a una rigurosa angustia que, sobreponiéndose a sí misma, encuentra paradójicamente en el abismo del alma y del mundo el punto de apoyo que le lanza a asirse a la verdad de la inteligencia y a una divinidad trascendente. Si en alguien, hay en Pascal ese

transporte de su ser total hacia los problemas últimos. No es poco en punto a filosofía. Se puede, en efecto, atesorar toneladas de conocimientos filosóficos y no haber rozado ni tan siquiera de lejos el más leve vestigio de auténtica vida filosófica. La de Pascal es, en este punto, ejemplar. Pero es menester proclamar con la misma claridad que ese pensamiento que descubre y se instala en el orbe de la filosofía tal vez no haya hecho sino dar sus primeros, bien que decisivos pasos, en aquél. Por esto, más que filosofía ya hecha, hay en Pascal justamente lo que su título indica: pensamientos filosóficos que no han llegado aún a ser filosofía. Pero eso sí, en tanto que pensamientos, los de Pascal son, como pocos, unos gigantes cos esfuerzos por recibir original e indeformada ante su mente la realidad del mundo y de la vida humana. En Pascal se asiste en parte a uno de los pocos ensayos llevados a cabo para aprehender conceptos filosóficos adecuados a algunas de las más importantes dimensiones del hombre. Por ejemplo, su concepto, tan vago, es verdad, y por tanto tan mal entendido y mal usado, de «corazón». No significa el ciego sentimiento, por oposición a la pura razón cartesiana, sino el conocimiento constitutivo del ser cotidiano y radical del hombre.

Donde más descuella este vigor de Pascal es seguramente en sus pensamientos teológicos. De honda inspiración agustiniana, según compete a la época y al medio en que se despliega su vida, la teología de Pascal arranca de la vida del hombre y de su concreción histórica, para llevarlo envuelto en el problema mismo de la divinidad. Y a su vez esta divinidad tampoco es para Pascal ese triple extracto de un Dios, asimismo, casi abstracto, que un

poco más tarde va a constituir uno de los temas centrales de la Ilustración francesa con el nombre de deísmo. El Dios de Pascal es el Dios del cristianismo.

Y aquí es donde conviene hacer notar tres o cuatro observaciones, esenciales, a mi modo de ver, para no des-pistarse en el estudio de Pascal.

En primer lugar, la manera misma como Pascal se siente apoyado e instalado en el cristianismo. Justamente, el concepto de corazón a que hace poco aludía, ha llevado a fines del siglo XIX y comienzos del XX a hacer de Pascal, con precipitación y frivolidad irritantes, el paladín de lo que se llamó la religión y la apologética del sentimiento. Precisamente porque es falsa, la disyunción, de origen estrictamente cartesiano, entre la razón y la impresión, sería un error, también de paradójico origen cartesiano, adscribir a Pascal a una filosofía de la impresión o del sentimiento, cuando precisamente su idea central es hacer del corazón el título de ese tipo de saberes estrictos, en el doble sentido de rigurosos y de intelectuales, de que se halla constitutivamente integrada la raíz misma de la existencia humana. En realidad, el antiintelectualismo de esa falsa apología sentimental de la religión vive, sin saberlo, de una de las más ocultas y torcidas ideas de ese cartesianismo que procura atacar.

En segundo lugar, nunca ha pretendido Pascal encontrar en el corazón, ni tan siquiera entendido en su recto sentido, la menor especie de preinclusión del orden sobrenatural en la naturaleza humana. Sino, a lo sumo, lo que le lleva a salir de sí mismo para otear los horizontes del mundo y ver si hay algo en él que resuelva la angustia y la tragedia de la existencia humana. Y entre estas cosas



que no crea desde dentro, sino que «encuentra» –no se pierda de vista el vocablo– en el mundo, está el cristianismo. Es asombroso que haya podido pensarse otra cosa, cuando en algunos de sus pensamientos, que el lector encontrará en esta misma selección, nos lo dice explícitamente.

Y es menester no olvidarlo para entender con rigor los supuestos y el sentido último de su célebre «apuesta». Todo menos un cartesiano cálculo de probabilidades. Como en el caso de tantos otros, se percibe en el de Pascal la inadecuación entre lo que quiere decir y aquello con que tiene que expresarse, la inadecuación entre el pensamiento personal y el mundo en que se halla inscrito. Y esto con que un pensador tiene que expresarse y hasta decirse a sí mismo lo que quiere pensar, no son solamente los vocablos, sino también el elenco de conceptos que su mundo le ofrece, y en los que tiene que apoyar su pensamiento para llevar la inteligencia propia y la de sus lectores hacia «lo que quiere decir». En rigor, toda teoría estricta del pensamiento debe distinguir cuidadosamente la «idea» y el «concepto». Los conceptos permiten articular intelectualmente aquello que se quiere pensar y que a falta de expresión más adecuada llamaríamos «idea». La «idea de Pascal», aun concebida y expresada en términos que nos harían propender unas veces al sentimentalismo, otras a una especie de cartesianismo larvado (tal es el caso de la «apuesta»), se halla por encima de ambas posiciones.

Por la misma razón y con el mismo criterio debiera enjuiciarse el delicado problema de la relación histórica entre Pascal y el jansenismo. No hay duda ninguna de las

relaciones íntimas de Pascal con Port-Royal; y tampoco debe olvidarse que, en última instancia, Pascal no ha sido un teólogo tan profesional como quisiera siempre suponerse. Por este motivo sus informaciones teológicas adolecen muchas veces de una ambigüedad e imprecisión que hubiera sido deseable evitar. Cuando Pascal habla insistentemente de la corrupción en que ha quedado la propia naturaleza humana después del pecado original, no puede menos de pensarse en el jansenismo. Pero en ninguna parte dice Pascal que la corrupción y la naturaleza de que nos habla sea precisamente la Natura de que hablan los teólogos, que con perfecta razón contribuyeron a la condenación del jansenismo. Tal vez lo que Pascal llama naturaleza humana se aproxime más a lo que él mismo llama a veces la «segunda naturaleza», producto no tan sólo de los hábitos individuales, sino sobre todo del sedimento entero de la sociedad y de la historia. En este caso, todo lo discutible que se quiera, ésta sería otra cuestión. Pascal no tiene nada que ver con el jansenismo. Y, en efecto, la Iglesia jamás ha censurado ningún escrito de Pascal, por ningún concepto, ni tan siquiera por el de jansenismo. En todo caso, el presunto jansenismo de Pascal resulta, pues, por lo menos, archiproblemático.

Finalmente, Pascal habla extensamente del fundamento histórico de la Iglesia católica. Y no puede negarse que al interpretar el sentido del Antiguo Testamento, Pascal recibe de su época, no solamente los conceptos, sino a veces la idea misma de la historia del pueblo escogido. Por razones que no le son personalmente imputables, sino que han perdurado tenazmente durante cen-

turias, se ha producido en muchos casos, aun entre escritores católicos, una ambigüedad lamentable, fruto de la cual ha sido el uso efectivo de los conceptos de inspiración y revelación, como si fueran sinónimos. Pudiera pensarse que siendo Dios el autor de la Sagrada Escritura, el hagiógrafo no hace sino transmitir lo que Dios le comunica. Haría falta interpretar entonces la Biblia y al propio hagiógrafo, «solamente» desde el punto de vista de Dios. El hagiógrafo no haría sino redactar una especie de dictado de Dios. La inspiración sería entonces prácticamente una revelación. Sin embargo, no es éste el punto de vista «formal» de la Iglesia católica en punto a sus exigencias para con la inspiración. La inspiración no es «de suyo» una revelación, aunque a veces pueda serlo por añadidura, sino una acción particular de Dios sobre la voluntad del hagiógrafo para hacerle escribir y para garantizar a su inteligencia la comprensión verdadera y a su pluma la expresión exacta de lo que el hagiógrafo ha querido pensar y decir bajo la moción divina. La verdadera doctrina enunciada por el Concilio Vaticano enseña, ante todo, que la Biblia es un libro inspirado, y que, «por consiguiente», tiene a Dios por autor. El Concilio no funda la inspiración sobre el hecho de que Dios sea autor del libro, sino que, por el contrario, partiendo de que el libro está inspirado, deduce la autoridad de Dios. En estas condiciones, el hagiógrafo puede llegar al conocimiento de lo que quiere expresar mediante todos los recursos puramente humanos y circunstanciales, tales como el uso de tradiciones orales o documentos escritos, etc. Si se quiere ver el problema desde Dios, habrá que decir que el hagiógrafo no es un secretario de la

divinidad, sino autor estricto del libro, y que, por consiguiente, la noción del autor aplicada a Dios ha de entenderse, al igual que las demás nociones teológicas, en un sentido puramente analógico.

De ahí que aun dentro de la Iglesia haya un amplio margen para una investigación histórica de la vocación, de la vida, de la religión y del destino de Israel. Precisamente la falta del sentido histórico que caracteriza al racionalismo ha llevado, por paradójico que esto pueda parecer, a esa ingenua concepción de la historia bíblica que aparece en muchos pasajes de Pascal y que adquiere su expresión espléndida en Bossuet, según la cual, por ejemplo, Dios reveló a Adán, de Adán lo oyeron los patriarcas, de éstos Moisés, etc., salvo lo que Dios hubiera revelado directamente a cada uno de los miembros de esta cadena continua. Esta concepción no es forzosamente identificable con el pensamiento que la Iglesia exige.

La consecuencia de esta interpretación pascaliana del Antiguo Testamento no es solamente un literalismo de la exégesis bíblica, sino algo más, un modo especial de literalismo que pudiéramos llamar verbalismo. Entendida la inspiración en el sentido dicho, se extiende a todo, hasta a las palabras. Pero por lo mismo no puede olvidarse lo que el propio Santo Tomás recuerda, a saber, que pueden existir muchos sentidos literales. El no haber reconocido más que uno, el que llamamos verbalista, ha llevado inexorablemente a una interpretación alegórica de casi todos los pasajes importantes del Antiguo Testamento, ya desde los tiempos de Alejandría. Pero una cosa es alegoría y otra sentido espiritual. Solamente una

noción rigurosa de la inspiración puede evitar un alegorismo forzado y colocar en su verdadero lugar a un tiempo a la autoridad divina y al sentido hondamente histórico y verdadero del Antiguo Testamento.

En cambio, ha sido Pascal uno de los raros hombres que han tenido una visión certera y precisa de la esencia del profetismo mesiánico, como han reconocido exegetas tan excepcionalmente autorizados como el padre Lagrange. Pese a vaguedades e imprecisiones de detalle, hay en Pascal un hondo sentido de lo que es y debe ser el argumento profético.

La traducción se ha hecho tomando como base la edición de Brunschvicg.

X. Zubiri  
Barcelona, abril de 1940



# Pensamientos





## Sección I

**1. DIFERENCIA ENTRE EL ESPÍRITU DE GEOMETRÍA Y EL ESPÍRITU DE FINURA.**—En el primero, los principios son palpables, pero están alejados del uso común; de suerte que cuesta trabajo volver la cabeza hacia este lado, por falta de hábito; pero por poco que se vuelva hacia él, se divisan de lleno los principios; y sería menester tener un espíritu absolutamente falso para razonar mal con principios que caen tan de su peso que es casi imposible pasen inadvertidos.

Pero en el espíritu de finura, los principios son de uso común, y están ante los ojos de todo el mundo. No es menester volver la cabeza ni hacerse violencia; basta tener buena vista, pero es menester tenerla buena de veras; porque los principios están tan desleídos y son tan numerosos, que es casi imposible que se nos escapen. Aho-

ra bien: la omisión de un principio lleva al error; por esto es menester poseer visión muy clara para ver todos los principios, y luego espíritu preciso para no razonar falsamente con principios conocidos.

Todos los geómetras serían, por tanto, finos si tuvieran buena vista, porque no razonan falsamente sobre los principios que conocen; y los espíritus finos serían geómetras si pudieran acomodar su visión a los principios inusitados de la geometría.

Lo que hace, pues, que ciertos espíritus finos no sean geómetras es el que no puedan en manera alguna volverse hacia los principios de la geometría; pero lo que hace que los geómetras no sean finos es que no ven lo que tienen delante, y que acostumbrados a los principios perfilados y globales de la geometría, y a no razonar sino después de haber visto bien y manejado sus principios, se pierden en las cosas de finura, en que los principios no se dejan manejar de esta suerte. No se ven apenas, se sienten más que se ven; cuesta infinitos trabajos hacerlos sentir a quienes no los sienten por sí mismos; son cosas tan delicadas y numerosas, que es menester un sentido muy delicado y agudo para sentir las, y juzgar derecha y justamente de acuerdo con este sentimiento, sin que las más de las veces sea posible demostrarlas por orden como en geometría, porque no es así como se poseen los principios de ella, y sería una faena infinita el intentarlo. Es preciso ver súbitamente la cosa en un solo golpe de vista, y no con un razonamiento progresivo, por lo menos en una cierta medida. Y acontece raramente, por esto, que los geómetras sean finos y que los finos sean geómetras, debido a que los geómetras quieren tratar

geoméricamente estas cosas finas, y resultan ridículos intentando comenzar con definiciones siguiendo por los principios, cosa impropcedente en esta suerte de razonamientos. No es que el espíritu no lo haga; sino que lo hace tácitamente, naturalmente, y sin reglas, porque su expresión excede a todos los hombres y su sentimiento no pertenece sino a pocos.

Por el contrario, a los espíritus finos habituados a juzgar de un golpe de vista, les extraña tanto —que se les presenten proposiciones de las que no entienden nada, y para penetrar en las cuales hay que pasar por definiciones y principios, tan estériles sin costumbre de ver en detalle—, que se ven repelidos y sienten repugnancia.

Pero los espíritus falsos no son jamás ni finos ni geómetras.

Los geómetras que no son sino geómetras tienen, pues, el espíritu recto, pero con tal que se les expliquen bien todas las cosas con definiciones y principios; si no, son falsos e insoportables, porque no son rectos más que apoyándose en principios bien esclarecidos.

Y los finos que no son sino finos no pueden tener la paciencia de descender hasta los primeros principios de las cosas especulativas y de imaginación, que jamás han visto en el mundo, y son absolutamente inusitadas.

**2.** Diversas especies de sentido recto; unas, en cierto orden de cosas, y no en los demás, en los cuales extravagan.

Unos deducen bien las consecuencias de unos pocos principios, y es una rectitud de sentido.

Otros deducen bien las consecuencias de cosas en que hay muchos principios.

Por ejemplo, los unos comprenden bien los efectos del agua, en lo cual hay pocos principios; pero sus consecuencias son tan finas que sólo una extrema rectitud puede llegar hasta ellas.

Y aquéllos, quizá, no por eso solamente sean grandes geómetras, porque la geometría comprende un gran número de principios, y un espíritu puede ser de tal índole que pueda penetrar perfectamente unos pocos principios hasta el fondo, sin que fuera capaz de penetrar en modo alguno las cosas en que hubiera muchos principios.

Hay, pues, dos suertes de espíritu: uno que penetra viva y profundamente las consecuencias de los principios, el espíritu de precisión; otro, que comprende un gran número de principios sin confundirlos, es el espíritu de geometría. El uno es fuerza y rectitud de espíritu, el otro es amplitud de espíritu. Pero el uno puede darse perfectamente sin el otro, pues el espíritu puede ser fuerte y angosto, y puede ser también vasto y débil.

3. Los que están acostumbrados a juzgar según el sentimiento, no entienden una palabra de las cosas de razonamiento, porque quieren penetrar primeramente con un solo golpe de vista y no están habituados a inquirir los principios. Y los otros por el contrario, los que están acostumbrados a razonar por principios, no entienden una palabra de las cosas de sentimiento, pues inquieran en ellas sus principios y son capaces de ver con una sola mirada.

6. Como se estropea el espíritu, así se estropea también el sentimiento.

Se forman el espíritu y el sentimiento por las conversaciones. Se estropean el espíritu y el sentimiento por las conversaciones. De esta manera, las buenas o las malas lo forman o lo estropean. Es, pues, de primera importancia saber escoger, para formarlo y no estropearlo; y no puede hacerse esta elección si no se tiene ya formado y no estropeado. Y esto constituye un círculo; son bienaventurados los que salen de él.

**14.** Cuando un discurso natural pinta una pasión o un efecto, se descubre dentro de sí mismo la verdad de lo que se escucha, la cual no se sabía que estuviera ahí, de suerte que nos sentimos inclinados a amar a quien nos la hace sentir; porque no nos ha exhibido su haber, sino el nuestro; y así este beneficio nos lo hace amable, aparte de que esta comunidad de inteligencia que con ella tenemos inclina, necesariamente, nuestro corazón a amarla.

**15.** Elocuencia que persuade por dulzura, no por imperio; en tirano, no en rey.

**16.** La elocuencia es un arte de decir las cosas de tal manera: 1.º Que aquellos a quienes se habla puedan entenderlas sin trabajo y con agrado. 2.º Que interesen en forma que el amor propio les lleve más bien a reflexionar sobre ellas.

Consiste, pues, en una correspondencia que se trata de establecer entre el espíritu y el corazón a quienes se habla, por un lado, y por otro, los pensamientos y expresiones de que se sirve, lo cual supone que se ha estudiado perfectamente el corazón del hombre para conocer todos sus re-